

EUCARISTÍA: FIJAR LOS OJOS EN LO ESENCIAL

José Antonio Goñi

Abrimos este número con una constatación que no debería sorprender a nadie que mire a la vida de la Iglesia con realismo: en torno a la Eucaristía se concentran hoy tensiones que van de lo devocional a lo disciplinar, de las redes sociales a las sacristías, y que, a menudo, convierten la fe en un campo de batalla. No se trata de una «batalla cultural» más, sino de algo más delicado: el desajuste entre la piedad y la inteligencia histórica de la fe, entre la ortodoxia y la ortopraxis, entre la tradición viva y la elevación a dogma de ciertas prácticas devocionales.

La reciente polémica en torno a relatos de «milagros eucarísticos» y a la figura del beato Carlo Acutis es ilustrativa. Se confunde con frecuencia la crítica teológica al uso contemporáneo de determinadas prácticas con un ataque a las personas que las han inspirado o promovido. No es lo mismo. Venerar a los santos y beatos no obliga a canonizar todo el aparato interpretativo que se construye a su alrededor. El discernimiento eclesial exige separar el testimonio de fe –que puede ser luminoso– del modo en que hoy se lo instrumentaliza para sostener lecturas piadosas acrisoladas por el tiempo pero no por el juicio teológico, con elementos heredados que la Iglesia ya no puede sostener (piénsese, por ejemplo, en motivos antijudíos presentes en narraciones medievales).

Esta distinción pide una convicción que el magisterio reciente ha subrayado: la tarea de la historia –también en teología y catequesis– no es solo coleccionar hechos, sino educar en la historicidad de nuestras miradas. La tradición no es un museo de piezas into-

cables, sino la transmisión viva del misterio pascual en contextos cambiantes. Por eso, cuando enseñamos la fe eucarística, debemos purificar la memoria: ofrecer contexto, depurar sesgos, situar cada práctica y cada relato en su lugar, y dejar que el Evangelio, la liturgia y la caridad marquen la prioridad.

A esta dificultad se suma otro fenómeno de época: la diseminación del control de la «ortodoxia». Si en otros tiempos las instancias romanas centralizaban los juicios doctrinales, hoy proliferan tribunales informales en plataformas digitales de opinión que se arrojan el poder de sentenciar –a veces por encima del ministerio del Papa y de los dicasterios pontificios– qué es aceptable y qué no. El resultado es un clima de sospecha que vuelve casi inaudible toda invitación al discernimiento. Y, en paralelo, emergen disputas agrias sobre la ortopraxis: modos de comulgar, gestos, estilos celebrativos, elementos devocionales, normativas locales. La suma de ambos vectores –doctrinal y práctico– alimenta desviaciones eucarísticas que conviene nombrar con claridad:

- Milagristo sensacionalista que pretende sustituir la mistagogía litúrgica por el impacto emotivo del prodigio.
- Cosificación de la presencia real, separándola del dinamismo sacramental que convoca a la asamblea para actualizar el misterio pascual y desemboca en la caridad.
- Reglamentarismo identitario que absolutiza costumbres, opacando la jerarquía de verdades y el *sensus Ecclesiae*.
- Instrumentalización de figuras carismáticas para blindar lecturas acríticas.
- Persistencia de narrativas teológicamente inaceptables y que contradicen el vínculo esencial entre la Eucaristía y las promesas de Dios a su pueblo.

¿Cómo avanzar, entonces, sin agrandar la brecha? Proponemos un itinerario sobrio y exigente, que preferimos llamar piedad con inteligencia y caridad:

1. Distinguir persona y discurso. Custodiar la devoción a los santos y, a la vez, evaluar críticamente las prácticas devocionales que se les atribuyen.

2. Historización honesta. Contextualizar los relatos, identificar sesgos y depurarlos; la purificación de la memoria no debilita la fe: la hace más verdadera.
3. Jerarquía de verdades (*Unitatis redintegratio* 11). Colocar las prácticas devocionales en su nivel propio, sin confundirlas con el corazón del misterio eucarístico.
4. *Sensus Ecclesiae*. Acoger con lealtad el magisterio y la disciplina de la Iglesia; nadie se sitúa por encima de las instancias que sirven a la comunión eclesial.
5. Caridad intelectual y parresía humilde. Rigor en los argumentos, sobriedad en el lenguaje; obtener toda la información –actual e histórica– antes de juzgar, hablando con claridad y sin estridencias.
6. Mistagogía litúrgica. Iniciar desde la celebración misma: plegaria eucarística, signos, ritmo sacramental; ahí se aprende la presencia real que transforma la vida.
7. Doctrina sólida. Volver a los fundamentos doctrinales, en este caso, a la explicación dada por santo Tomás de Aquino: conocer bien la teología de la transustanciación para poder distinguir signo–sacramento–realidad y, así, unir adoración y participación, culto y caridad.

Desde este marco, la catequesis eucarística para hoy no necesita más campañas, sino mejores relatos: contar bien la historia, sin sensacionalismo; enseñar a discernir lo esencial de lo accesorio; vincular explícitamente adoración y vida cristiana –la presencia real reclama una celebración de la Eucaristía que se extiende a la vida (no olvidemos que la fe necesita obras, como enseña el apóstol, y que no se puede separar institución de la Eucaristía del lavatorio de pies, esto es, celebración de la atención al prójimo)–; y cuidar el lenguaje para que la belleza del misterio no se degrade en polémica.

Este número de *Phase* quiere contribuir justamente a esa tarea: desactivar los desvíos no a golpe de consignas, sino ofreciendo estudios, análisis, fuentes, contexto y propuestas. No buscamos añadir ruido, sino espacio para que la verdad celebrada, creída y

vivida pueda respirar. Porque la Eucaristía –corazón de la vida cristiana, fuente y culmen– merece algo más que controversias recurrentes: merece una fe pensada, una piedad bien enseñada, una adoración correcta y una caridad que haga visible lo que creemos y celebramos.

Distingamos, pues, lo principal de lo secundario, lo necesario de lo circunstancial, lo dogmático-magisterial de lo piadoso-devocional. Solo así, la tradición seguirá siendo viva; el discernimiento, posible; y la comunión, más fuerte que las disputas.

José Antonio GOÑI
Director de «Phase».